

impelidos, hechizados, son verdaderos esclavos, los más infelices y los más cruelmente tratados.

¡Si al menos el ídolo que os habeis fabricado os devolviera todo lo que le dais! Pero el ídolo es de mármol, de bronce, de hierro, de acero; metedle oro ó carne viva, si quereis, siempre será el ídolo, y el ídolo siempre ha esclavizado, degradado, devorado á los que lo adoran.

Esta es, Señores, en su dolorosa crudeza, la historia de los que domina el amor. Son conducidos como el más pasivo de los rebaños. Imposible que escapen al látigo temible que los lleva enloquecidos, encadenados, á donde la fantasía del amo los impele. ¿Por qué el hombre ha de ser un volcán, y su corazón mal contenido ha de arder y desbordarse? ¿Por qué nuestros sentimientos no han de tener una regla natural, como el instinto de la bestia? El sentimiento tiene algo de infinito, y cuando se vuelve hacia la creatura, la reviste de ese infinito que está en él, pero no en ella, y la diviniza; y ya lo veis, toda creatura divinizada no es más que un ídolo, y todos los ídolos son homicidas, fraticidas, crueles, tanto como perversos. Una multitud de seres humanos están entregados, más ó menos, á las violencias del sentimiento desenfrenado. Más de dos millones de habitantes hay en París. Si pudieseis penetrar las conciencias, veríais qué multitud de ellos el amor insensato embarga y flagela. Y son felices en su inconciencia de que son flagelados; felices en el torbellino en que se hunden. ¡Esto es horroroso! Mas cuando la observación se fija ante la realidad de los hechos, se retrocede con espanto. El espíritu se escandaliza. ¿A dónde van? No lo saben ellos mismos; van á lo desconocido, siempre atraídos y siempre engañados; siempre embriagados y siempre insaciables. Están dementes.

Tratad de hablarles de Dios, de la divinidad de Jesús;

tratad de llevarlos á la fe. Tanto valdría hablar á sonámbulas ó á hipnotizados!

Están diseminados, pero nosotros los hemos encontrado. ¿Cuál es el carácter que los distingue y los señala siempre? La locura. ¡Les habláis de Dios! No hay más que uno para ellos, y es lo que aman. Les habláis de conciencia. No tienen más que una, y es la voz que les dicta lo que deben hacer por lo que aman. Y hé aquí que se recrudece la locura de los desesperados.

Consultad á vuestra experiencia personal. Cuando no han sido fulminados por el fuego que los devora; cuando escapan del horno ardiente en que fueran arrojados; cuando se debaten, calcinados á medias, llega para ellos la desesperación sin nombre. Si Dios no está allí para renovar esas naturalezas quebrantadas fibra por fibra, oireis el eco dolorido de dramas terribles que os harán estremecer.

Nuestra civilización moderna, desarrollan lo en exceso la potencia sentimental y afectiva, ha multiplicado el número de esas víctimas sin remedio, que la llama no ha podido reducir á cenizas. Nosotros las contemplamos palpitante y agonizar, impotentes, ¡ay! para salvarlos: y yo os señalo allí uno de los más terribles obstáculos á la entrada de la fe en el alma humana.

Los corazones cautivos por la creatura, envueltos, poseídos por el amor creado, se cierran á Dios.

Jesús pasa lejos de ellos; los deja en la desesperación que la destrucción había empezado; los entrega á su demencia, el último crimen de la humanidad que se prostituye, en lugar de ir hacia el eterno amor!

Hay también, en nuestro mundo actual, lo que se llama los hombres de acción, en toda la escala social; y los hombres de acción son llevados por el torbellino de la actividad terrestre.

Conoceis bastante á la sociedad moderna para daros cuenta de todo lo que encierra en agitaciones, preocupaciones é impaciencias febriles.

El hombre sueña hoy con empresas colosales; y sus sueños lo devoran. Se trata nada menos que de trastornar la superficie del planeta, de cambiar sus condiciones, de traer un nuevo orden de cosas, de dominar la naturaleza, de dominar sus fuerzas, de suprimir el tiempo y el espacio: para tal obra se necesitan operarios. No se puede obtener la supresión de las distancias sin el esfuerzo combinado y perseverante de millares de trabajadores. Y ved la extraña ironía de las cosas: los más humildes son tan necesarios como los más grandes; y los que parecen más inmóviles,—los mineros en sus escavaciones,—procuran la fuerza que da impulso á la colosal máquina: suprimidlos, y todo se paraliza.

De las entrañas de la tierra extraen rayos de sol fijos y petrificados, como nosotros podríamos, de los panales extraer la miel. Pero qué absorción y que agotamiento en la tarea cotidiana! ¿Cómo aquellos á quienes devora esa actividad incesante, depresiva, pueden pensar en otra cosa? Siempre encorvados hacia la tierra, y hundidos en sus entrañas, ¿cómo podrán mirar hacia Dios?

Apenas, sí, al fin de su larga y penosa jornada, pueden gozar del reposo de la familia, entre sus hijos. Se caen de laxitud en la noche, después de un exceso de trabajo. Y se busca lo que sería capaz, en ese momento, de reanimar su valor y de levantar su alma.

Que vean la llama radiosa del hogar, cuando el hogar la tiene, siempre la hay en casa de los que tienen fortuna; pero en la de los otros...? Ella revive muchas veces cuando parecía morir. Que levanten más al alto los ojos, y contemplen sobre la chimenea, sobre una llama otra llama,

la que viene del crucifijo, protector de los hogares cristianos.

¡Ay! preciso sería para eso que tuvieran la fe tradicional que se guarda como sagrado patrimonio; y generalmente la han perdido y son incapaces de volver á hallarla; tanto se multiplican en torno suyo obstáculos y dificultades para impedirles creer. Los letrados mismo no lo consiguen sino raras veces, y siendo así, ¿cómo los que no tienen cultura, los que para instruirse sólo disponen de la entrega ó el diario de un sueldo, han de hallar el medio de creer y el secreto de reanimar su conciencia abatida, más abatida aún que sus cansados brazos?

Sé bien que se trata de distraerlos; pero cuando se ha conseguido apartarlos un cuarto de hora del torbellino que se los lleva, los desdichados vuelven á caer de súbito bajo el yugo de su miseria y de su trabajo. ¿Ese yugo depresivo les dará valor para ser obreros sin tacha, padres vigilantes y previsores, que sepan multiplicar por el ahorro su salario, á fin de poder en hora crítica atender á sus hijos y á sí mismos?

¡Dios mío! he allí la verdad sobre la situación social: el trabajador necesitaría la fe y su dura vida lo aleja de ella.

Al hablaros así, Señores, no pienso solamente en los proletarios, en los hermanos debilitados, en los que más visible llevan la miseria del cuerpo; pienso también en los grandes, los inteligentes, los más fuertes; y que me perdonen si al tener piedad de ellos, como de los otros, los envuelvo en la propia conmiseración. Su miseria es tan negra como la otra; aunque se disimule bajo el brillo de una actividad triunfante y ofrezca menos ocasión, todavía, al apóstol piadoso que quisiera llevarles la palabra de Cristo, fuera de la cual en vano buscarían al Dios de toda fuerza y de toda esperanza, de todo consuelo y de toda paz.

Seguro estoy de que sereis de mi parecer, y abrazando á todos estos ocupados de la vida en una compasión común, anhelareis para el último de los operarios como para el primero de los ingenieros, el conocimiento del secreto de dar vida al alma en medio de ese torbellino terrestre, donde una actividad devoradora los arrastra lejos de Dios y los condena á morir.

Hay todavía en nuestro mundo actual—como en todos los estados de civilización que le han precedido,—la categoría de los que son embargados por sus instintos; de los que no son gobernados ni por el espíritu, ni por el sentimiento; de los que no se hallan envueltos en el tumulto de los negocios, sino á quienes una especie de desencadenamiento pasional, arrastra y cautiva.

Es la bestia humana,—permitidme la expresión;—la bestia que no se ha elevado, ó que no lo ha sido hasta las alturas de la razón, de la voluntad y del interés bien entendido.

En nuestra civilización, esta categoría se desarrolla, particularmente, en las grandes ciudades. Como el oceano, la humanidad tiene sus espumas y sus despojos. Y yo añado que esos seres, entregados á la brutalidad de los instintos, cuando están un poco pulimentados y se mezclan á la sociedad, se deslizan ahí hábilmente y toman una actitud que impide reconocerlos.

Y bien, la bestia humana es refractaria á la fe en la divinidad de Jesús y á todo lo que es superior. El hombre animal, dice San Pablo, no puede comprender las cosas de Dios.

Allí también se agitan miserias sin fondo. A esos abismos negros y abiertos hay que asomarse cuando se quiere sondear todo lo que hay de inferior y grosero, de perverso y violento en la pobre humanidad. Las muestras son ¡ay!

bastante numerosas para facilitar el examen de este fenómeno.

¿Cómo germinará la fe en el Cristo, en esas almas consumidas por el fuego terrenal? ¿Y cómo la luz de Dios brillará en esas tinieblas impenetrables? Se consigue á veces, es cierto, librar estos seres, reducidos al último grado de la corrupción moral, que la infinita misericordia se complace en sondear.

Se dirá, acaso, que no deben ser tomados en cuenta; pero los apóstoles de Jesús, conocedores del valor divino de las almas, no sabrían tratar á la más ínfima de ellas como cantidad despreciable. Y yo no soy aquí el único; todos cuantos poseen corazón de apóstol, se considerarían felices con intentar, aun con peligro de su vida, domar esas naturalezas, tanto más miserables, cuanto que no tienen muchas veces la conciencia de su inferioridad y de su miseria.

En todo caso, tenemos ahí un signo de la corrupción inherente á la humanidad. Se dirá: esos seres no pertenecen á ella y que no han salido aún de la animalidad; mas por mi parte, creo que sí, pero que vuelven á entrar.

Pues bien, eso es precisamente lo que convendría impedir. Convendría que el legislador no siempre estuviera ocupado en hallar medios de castigar, sino que intentara prevenir. Convendría que no imitase á los hombres que se despiertan de pronto sobresaltados ante la brusca amenaza de un fenómeno terrible para ir al socorro de los que gritan: ¡defendednos!

Los verdaderos militares tienen otra táctica. Defenderse es bueno; pero impedir el ataque es mejor.

Ese es el deber urgente en un gran país como el nuestro. No es este un reproche que dirijo á los que tienen el grande honor de dirigirlo, sino un simple consejo que me

permiso darles en mi independencia de apóstol. Yo les diré: Matad, pues, en embrión al animal humano que podrá ser un peligro para la sociedad, cuya guarda os está encomendada. Prevenid, prevenid las catástrofes.

Y añadiré: ¡Moralizad! Es esta una vieja palabra que no se estima.—Vieja palabra, sí, cierto, porque es eterna.

Cuando se tiene el poder político, no se trata de obrar siempre con rigor contra el mal, sino de desarrollar las influencias sanas y secretas en virtud de las cuales la razón que se ha impuesto en una civilización, la moralidad que forma ley, penetren poco á poco en la conciencia de los menores y en el alma de los más pequeños.

¿Se hace? No me atrevo á decirlo, y dejo á vuestra razón y saber imparciales al cuidado de responder.

Señores: no puedo abandonar el asunto que he querido tratar ante vosotros sin llamar aun vuestra atención sobre el medio en que todos vivimos, y que opone á la fe en Dios, á la creencia en la divinidad de Jesús,—que todo es uno,—obstáculo temible.

No seré sospechoso de querer ennegrecer el cuadro de mi época. Pronto estoy á declarar que la amo más que á los otros siglos, por la sencilla razón de que pertenezco á ella; lo mismo que se ama á la propia familia más que á las otras, por la única razón de que se forma parte de ella y de que esta razón de corazón es siempre aceptada y no admite réplica.

Entre todas las miserias de nuestro tiempo, hay una muy característica, que yo llamaré con un nombre no muy aceptado acaso todavía, pero que la caracteriza bien, y es: la atrofia del sentido religioso.

La humanidad pertenece á tres influencias: la de la tierra, á la cual no podemos nunca sustraernos; la humana de nuestro medio, de la cual no podemos escapar, y en fin,

la influencia superior y divina, que constituye la mejor parte del hombre.

Si los piés del hombre lo mantienen en equilibrio sobre la tierra; si su pecho se dilata llenándose del aire en que vive, su cabeza abarca el mundo, y él siente bien por su sola actitud que la tierra no es todo, que los que le rodean no son sino parte de la realidad, y que el mundo tiene su centro más allá de la mirada, más arriba que la tierra, más alto que la humanidad.

Ahora bien, lo que caracteriza á nuestra edad es, por una parte, el desarrollo enérgico de las fuerzas con que renovamos la materia; de la actividad con que ponemos á la sociedad en movimiento para perfeccionarla, y por otra parte, la languidez y atrofia de las fuerzas en el movimiento con que tendemos hacia Dios.

Yo me aflijo de ello y vosotros conmigo. No conviene, sin embargo, desesperar. El hombre no es un sér completo. Entre los hijos del Padre Celestial, cada uno tiene su fisonomía: unos son bien nacidos, otros menos bien; unos tienen robustez muscular, otros el genio poético del bardo que canta á la natura; éstos llevan la cabeza inclinada, como para ver mejor su camino terrestre; aquellos ven hacia la altura y saben adorar.

Los siglos deben de sucederse sin tener semejanza unos con otros; tomadlos como son, sin formarles causa siempre. Yo se la formo al mío solo en parte: compruebo la tendencia predominante de quienes dirigen el movimiento: se vuelven hacia los problemas de la materia ó hacia las cuestiones sociales, y yo hallo que ese movimiento presenta una dificultad á las creencias en la divinidad de Jesús y en Dios. ¿Por qué? Por la razón muy sencilla de que si estuviéramos menos absortos, menos dominados, sentiríamos mejor la atracción de lo divino. Esta atracción se revela

en Jesús, y como no sentís la sed de lo divino, pasais ante El distraídos, indiferentes.

Yo vengo á recordároslo.—Eso no me corresponde, decís.—Pero yo que estoy devorado por esa sed, me precipito hacia El como quien corre á una fuente de agua viva. Reconoced, pues, que estando en minoría los hombres como el que teneis delante, la mayoría se consagrará á los negocios políticos, á las cuestiones sociales, económicas, coloniales, internacionales; á todas las que tocan al humano interés. Se ocupará de abrir túneles, de preparar, arreglar y de construir tales ó cuales obras que vosotros considerais como muy bellas, por ejemplo, el túnel submarino ó el puente gigantesco á cielo descubierto, entre Francia é Inglaterra. Pero cuando digais á los hombres que hacen todo esto: Mirad, pues, hacia Dios, ellos os responderán: No tenemos tiempo ni voluntad para eso.

Y bien, nosotros que hemos conservado en medio de ese torrente que todo lo arrastra hacia la materia, el hambre y la sed de Dios, á Dios nos dirigimos, y cuando resplandecen sus testimonios, nosotros lo testificamos, nos inclinamos en acto de fe, y decimos: ¡Oh Cristo, yo te adoro, puesto que me das el Dios que yo buscaba!

Pero comprendemos, no obstante, que haya hombres que pasen inertes al lado de lo que nos apasiona, y que se precipiten, locos, sin sospechar la fuente viva á la cual pedimos valor para sufrirlo todo y emprenderlo todo.

Tal es nuestra edad. La fe no corre por ella en abundancia, como la democracia y la ciencia. No os sorprendais. Es tiempo de transición. Hay lugar bajo el sol de Dios para todos los actos del gran drama que se desarrolla en la humanidad.

Hoy los hombres no siguen la dirección que nosotros quisiéramos; conviene atraer el mayor número posible, sin

lanzar, empero, el anatema sobre los otros, sobre los que se escapan, y conviene, con la paciencia de Dios, cuyos representantes somos, y de Jesús á quien ha enviado á dar testimonio de El, aguardar tiempos mejores.

Nada temais, y sabed reconocer aún en esta edad, en que puede decirse vivimos bajo un cielo gris, y á veces negro, sin sol en el día, sin estrellas por la noche, el poder de Aquel que os anunció.

En esta noche del fin del siglo diez y nueve, en esta noche de Dios, sobre el fondo de un cielo nebuloso, obscurecido por todo el opaco polvo que levanta el trabajo humano, ¿no veis elevarse y destacarse la gran Iglesia de Dios? Saludadla. Es la columna de fuego que os advierte que la luz no se ha extinguido. Aún cuando los hombres, muy ocupados de la tierra y de sí mismos, han hecho la obscuridad sobre este mundo, queda siempre para enseñarles el camino; para hacerlos entrever lo que es bueno y lo que es mejor, la eterna claridad de Dios, brillando á través de las tinieblas humanas, como los astros á través de las nubes de nuestro cielo.

